

do transportar el problema, como lo ha hecho Strauss, al dominio de la especulación abstracta, Francia se hubiera aproximado más á la virtud.

III

El libro de Strauss tuvo en Alemania una inmensa resonancia. Numerosos adversarios, protestantes y católicos, entre los que conviene citar á Hug, Neander, Tholuck, Ullmann, se aprestaron para defender contra el autor de la *Vida de Jesús* la realidad histórica de los hechos del Evangelio. Todos, ó casi todos, intentan probar de una parte que el mito era imposible en la época en que apareció el cristianismo; de la otra, que el trabajo necesario para la formación de un mito no ha podido encontrar lugar entre la muerte de Jesús y la época en que fué redactada su historia: todos caían así sobre los puntos verdaderamente débiles del libro de Strauss. El empleo de la palabra *mito* se prestaba, como hemos dicho, á las más graves objeciones. Además, el sistema de Strauss relativo á la edad y composición de los Evangelios, ha sido siempre incierto y defectuoso. En efecto, es un punto capital en su historia que nuestros cuatro Evangelios pueden no datar en su forma actual más que desde el fin del siglo segundo. Los más antiguos testimonios del segundo siglo dicen solamente que un apóstol ó un hombre apostólico ha escrito un Evangelio, pero no dicen que esos Evangelios primitivos fuesen idénticos á los que poseemos. Es preciso admitir, según Strauss, que los elementos legendarios de la vida de Jesús permanecieron siglo y medio en ebullición, y no comenzaron á fijarse en grandes masas sino cuando los discípulos de los testigos oculares

mismos habían desaparecido. Fácil es comprender la latitud que este intervalo proporciona á la escuela mitológica para la elaboración de todo un ciclo maravilloso.

La cuestión de la época exacta y del sistema de redacción de los Evangelios es tan delicada, que yo quiero evitar tratarla aquí; básteme decir que cuanto más he reflexionado en ello más inclinado me he sentido á creer que los cuatro textos reconocidos por canónicos nos conducen muy cerca de la edad de Cristo, si no por su redacción última, á lo menos por los documentos que los componen. Productos puros del cristianismo palestino, exentos de toda influencia helénica, llenos del sentimiento vivo y directo de Jerusalén, los Evangelios son, en mi concepto, un eco verdaderamente inmediato de los rumores de la primera generación cristiana. El trabajo popular que les sacó á luz, realizado sin conciencia clara y en varios lados á la vez, no podía tener gran unidad. Aquí la genealogía era una, allá otra; aquí un relato maravilloso, allá otro: el tipo fundamental sólo conservaba á través de todas estas contradicciones su fisonomía idéntica. La redacción era más flotante aún, y como ocurre en todos los ciclos épicos y religiosos, no tenía más que una secundaria importancia. Sólo al finalizar el período creador, en el momento en que no se trata más que de conservar las tradiciones es cuando se les ve concretarse en cuatro textos perfectamente determinados; á dichos textos puede desde aquel momento aplicarse las consideraciones de autenticidad y de integridad que anteriormente carecían de riguroso sentido.

No se detiene ahí, sin embargo, el trabajo de la leyenda. Toda creación destinada á cautivar la admiración ó la fe del género humano, atraviesa dos

fases bien distintas, la época verdaderamente fecunda en la que se trazan en el fondo de la conciencia de las masas los grandes rasgos del poema, y la época de retoque, de ajuste, de amplificación verbosa en que, perdida la facultad inventiva, no se hace más que desarrollar los relatos viejos según procedimientos convenidos. La primera edad en el orden de las tradiciones que nos ocupan, es la que ha producido los cuatro Evangelios canónicos, todos impregnados del mismo carácter de sobriedad, de sencillez, de grandeza y de ingenua verdad. El segundo es el de los Evangelios apócrifos, composiciones artificiales en los que la inspiración agotada no se sostiene sino por medio de lugares comunes y de procedimientos de amplificación obligados, (apariciones de ángeles, cánticos, serviles imitaciones del Antiguo Testamento.) Nada se parece más á los artificios de las epopeyas compuestas en los períodos de decadencia. Los Evangelios apócrifos son á los Evangelios canónicos lo que los *Ante Homérica* y los *Post-Homérica* son á Homero, lo que los Puranas en la literatura india son á los poemas mitológicos más antiguos. Son una forma de rejuvenecer las tradiciones primitivas fundiendo todos los rasgos del texto original en un nuevo relato, añadiendo lo que verosímilmente ha debido ocurrir, desarrollando la situación por aproximaciones, haciendo (permítaseme la frase) la monografía del detalle trivial; todo ello sin genio, sin apartarse jamás del tema recibido. Son, en una palabra, una composición meditada que tiene por base una obra sencilla y espontánea.

En el fondo estos dos períodos en la vida de las leyendas corresponden á las dos edades de toda religión: la edad primitiva, en la que la creencia nueva sale de los instintos populares como el rayo sale

del sol, edad de fe simple, sin preconcepto, sin objeción ni refutación; la edad reflexiva, en que la objeción y la apologetica se han producido, en la que las exigencias de la razón comienza á abrirse camino, en que lo maravilloso, fácil en otro tiempo, armonioso, puro reflejo de los sentimientos morales de la humanidad, se hace tímido, mezquino, á veces inmoral. Había en el supernaturalismo primitivo algo de tan poderoso, tan elevado, que el racionalismo más austero empieza á veces á echarlo de menos; pero la reflexión es demasiado avanzada, la imaginación demasiado fría para permitirse de hoy más tan magníficos extravíos. En cuanto al tímido compromiso que procura disminuir lo sobrenatural para reconciliarlo con un estado intelectual, cuyos principios encierran la negación del milagro, no logra más que enfriar los instintos más imperiosos de las épocas científicas, sin hacer revivir la vieja poesía maravillosa, exclusivamente reservada á ciertas edades y á ciertos estados del humano espíritu.

La historia de las religiones presenta algunos hechos que sin ser perfectamente análogos á los precedentes (Jesús en todo es el único y nadie podría comparársele), pueden arrojar un poco de luz sobre los procedimientos que acabamos de exponer. La leyenda de Budha Sakya-Muni es la que se parece más por modo de formación á la del Cristo, así como el budhismo es la religión que más se asemeja por la ley de su desarrollo al cristianismo. Sakya Muni es un reformador cuya existencia real no es dudosa, bien que su vida no nos ofrezca más que rasgos de una perfección ideal. Sakya-Muni es concebido sin mancha, parido sin dolor al pie de un árbol, reconocido á su nacimiento por personajes santos: Sakya-Muni abandona el mundo, es tentado por el demonio, le rodean los discípulos, hace

innumerables milagros. Su reforma, casi exterminada en la India, alcanza fuera de aquel país grandes destinos. Por sí mismo nada escribe, pero tres de sus discípulos redactan su doctrina y su leyenda. Una y otra permanecen flotantes y susceptibles de acrecentamiento hasta un gran concilio de Patalipontra: aquel mismo concilio no impide un trabajo ulterior, el cual es definitivamente cerrado por otro concilio celebrado 400 años aproximadamente después de la muerte del fundador. El entusiasta Chaitanya, que en los comienzos del siglo XVI de nuestra era provocó en ciertas partes de la India un gran movimiento religioso, ha llegado también á una biografía maravillosa muy desarrollada y se ha visto considerado como una encarnación de Bhagavan. La leyenda de Krisckna, en fin, tiene relaciones no menos notables, en apariencia con la del Mesías. Sus primeros días son amenazados por una matanza semejante á la de Herodes, su infancia en medio de pastores no es más que una serie de milagros; muere atravesado por una flecha en un árbol fatal.

Tal vez esas son semejanzas exteriores más bien que analogías de procedimiento. Cierto es que comparado el Bhagavata-Purana con el Evangelio se presenta con un singular carácter histórico, ó, si se quiere, con procedimientos bien uniformes. Los milagros del Evangelio son en general concebidos según analogías naturales y no desafían demasiado las leyes de la física, como lo maravilloso de las mitologías indo-europeas. La creación en ellos es completamente moral: la invención de los hechos y las circunstancias no tiene nada de muy atrevido y se limita á una copia tímida de los lugares comunes del Antiguo Testamento. El único episodio de la historia del Cristo que tenga carácter épico, el des-

censo á los infiernos, no es mencionado en los evangelios canónicos. Indicada por primera vez en una de las epístolas de San Pedro (I, c. III, v. 19 22), esta circunstancia no ha recibido grandes desarrollos más que en las composiciones posteriores, sobre todo en el Evangelio de Nicodemo, obra singular, que parece deber su origen á las metáforas por las cuales los Padres del siglo IV se complacían en expresar el triunfo del Cristo sobre la muerte.

Es, pues, el nombre de *leyendas* y no el de *mitos* el que conviene dar á los relatos de los primeros orígenes cristianos; el ideal evangélico fué resultado de una transfiguración y no de una creación. ¿Se dirá que habiendo recorrido ya el pueblo judío todos los grados de un desarrollo literario, no estaba en el estado intelectual que conviene á la aparición de los relatos legendarios? Strauss ha respondido con razón que el pueblo hebreo no ha tenido jamás, propiamente hablando, un sentimiento claro de la historia positiva, que sus libros históricos más recientes, los de los Macabeos, los mismos de Josefo, cuyos autores estaban iniciados en la cultura helénica, no están exentos de relatos maravillosos; que la Mischna, posterior al Evangelio, apenas parece una obra del espíritu humano, tan llena está de fábulas, que no existe historia en tanto no se comprende la no realidad del milagro. Si la educación racional que supone la visión clara de esta no realidad falta en muchos hombres de nuestros días, ¿cuánto más rara no era en la época de Jesús en Palestina, y en general, en el imperio romano entre las mozas! La exaltación religiosa todo lo encuentra creíble, y bajo la influencia de un poderoso entusiasmo se ha visto á veces despertarse una nueva facultad creadora en el pueblo más extenuado. La humanidad, por otra parte, no es sincrónica.

en su desarrollo. El sol no es visible en el mismo momento, en la misma estación, en todos los lugares situados en el mismo meridiano; los que habitan en las cimas de las montañas lo distinguen antes que los que residen en los valles; del mismo modo, la época de la reflexión, de la crítica, de la historia no se levanta para todas las naciones á la misma hora. Nuestro siglo XIX es por cierto poco mitológico, y sin embargo, aún hoy día, en algunas porciones de la humanidad que continúan en el estado espontáneo se producen mitos como en los tiempos antiguos. Napoleón tiene entre los árabes una leyenda fabulosa muy desarrollada. Cuando se encontraron las huellas de La Perouse se reconoció que se había convertido para los naturales en objeto de extrañas y fantásticas tradiciones. No conozco mitos mejor caracterizados que los que aparecen aún todos los días por efecto de la predicación cristiana entre ciertas poblaciones del Sud de Africa. No es lo milésimo del siglo lo que constituye el estado intelectual de la humanidad; es la tradición de la civilización, son las innumerables influencias que conducen á veces, con siglos de intervalo y en puntos diversos del espacio, á estados análogos á los que ya han sido recorridos. Esta analogía, es cierto, no es perfecta jamás, y hay verdadero inconveniente en aplicar, por ejemplo, el mismo nombre á las producciones intelectuales de la época de Jesús y á las de las épocas primitivas de la Grecia ó de la India. Pero una vez se hace observar lo que tiene de inexacto tal denominación, se está en derecho de realizar los rasgos comunes que, en todos los tiempos, á pesar de notables diferencias, han caracterizado las obras ingenuas del humano espíritu.

En el fondo, la hipótesis de Strauss, que se presentaba al principio como atentatoria á los dogmas

más sagrados, dejaba gran parte libre al misterio. La escuela mitológica, aun negando el milagro y el orden sobrenatural, conservaba una especie de milagro psicológico. A lo menos el Dios no se manifestaba en pleno día; sino como el insecto alado, bajo un tejido que ocultaba su lenta aparición. Se sabía que sólo la naturaleza había obrado bajo aquel velo, pero no se había visto nada de sus actos; la imaginación era dueña de rodear de respeto y de admiración la cuna del Dios naciente. Había en ella todavía algo de divino, como en el origen de todos los grandes poemas cuya generación es desconocida, y que en las profundidades de la humanidad parecen completamente formados á la luz del día.

Strauss es una inteligencia esencialmente moderada (la joven Alemania dice tímida.) Cuando en 1848 los periódicos nos participaron que el autor de la *Vida de Jesús*, llamado á representar un papel político, se afiliaba á la derecha reaccionaria, las gentes se preguntaron si era preciso ver en aquel hecho una conversión como las que siempre provocan las revoluciones radicales. Aquello era en realidad el desarrollo natural de su carácter. Strauss es en teología un liberal de la extrema izquierda y no un radical. En cierto día se quemó el derecho divino con procedimientos completamente revolucionarios; pero se conserva alguna cosa que se le parece. Strauss debía ser, pues, como los otros, sobrepujado, y lo ha sido: algunos años han bastado para acumular sobre él tres ó cuatro capas de ultra hegelianos que, sacando á subasta la paradoja, han tratado al autor de la *Vida de Jesús* de ortodoxo timorato, que parece creer en el Espíritu Santo.

El gran defecto del desarrollo intelectual de Alemania es el abuso de la reflexión, quiero decir,

de la aplicación hecha con deliberado propósito, á la presente situación del espíritu humano de leyes reconocidas en el pasado. La filosofía de la historia atestiguando la marcha necesaria de los sistemas, las leyes según las que se suceden y la manera como oscilan hacia la verdad *cuando siguen su curso natural*, ha puesto en claro una verdad especulativa de primer orden, pero que se vuelve muy peligrosa desde el punto que se quiere sacar de ella consecuencias para lo que pasa á nuestros ojos. Pues admitir sin previo examen que tal espíritu ligero y superficial que se presenta para recoger la herencia de un hombre de genio le es preferible, sólo porque viene después de él, es conceder excesiva ventaja á las medianías. He aquí, no obstante, la falta que se comete en Alemania. Después de la aparición de una gran obra de filosofía ó de ciencia, se puede estar seguro de ver salir todo un enjambre de críticos que pretenden aventajarle y no hacen de ordinario más que falsearle ó tomar el contrapié. Digámoslo de nuevo: la ley del progreso de los sistemas no es aplicable sino cuando la producción de los sistemas es perfectamente espontánea y cuando sus autores, sin pensar en adelantarse unos á otros, no están atentos más que á la consideración intrínseca de la verdad. Descuidar esta importante condición es entregar al azar ó á los caprichos de algunas inteligencias temerarias y presuntuosas el desenvolvimiento del espíritu humano.

«La revolución, había dicho Strauss, no es ni una inspiración de fuera ni un acto aislado: constituye una sola y misma cosa con la historia del género humano. La aparición de Jesucristo no es ya la implantación de un espíritu divino nuevo; es un retoño salido de la médula más íntima de la humanidad, dotada divinamente.» Al contrario, la nueva

escuela (si se puede reunir bajo este nombre los escritos más desemejantes, pero relacionados por varios rasgos comunes, de Weisse, Wilke, Bruno Bauer), pretendió explicar la aparición del cristianismo por medios sencillos y naturales y reducir la formación de la leyenda de Jesús á las proporciones de un hecho muy ordinario. Strauss lo había atribuído todo á la acción lenta y oculta de una tradición no consciente de sí misma. La nueva escuela vió en los evangelios una obra individual, una invención del evangelista Marcos hecha con reflexión. «La hipótesis de Strauss, dice M. Bruno Bauer, es misteriosa, porque es tautológica. Explicar la historia evangélica por la tradición es obligarse á explicar la tradición misma y á encontrarle una base anterior. El método de Strauss es embarazado y ortodoxo, y así debía ser. La crítica ha librado en el escrito de Strauss su último combate á la teología, permaneciendo sin embargo en el terreno teológico. Cuantas veces los dos adversarios se han acometido uno á otro, el vencido hizo ceder siempre un poco al vencedor.»

Strauss había supuesto que el Nuevo Testamento está apoyado sobre el Antiguo, y que los judíos, en la época de Jesús, tenían una cristología completa, un tipo mesiánico fijo, sobre el que se había calcado rasgo por rasgo el carácter de Jesús. M. Bauer sostiene, al contrario, que todos los actos, por los cuales se nos presenta a Jesús realizando el ideal mesiánico, y este mismo ideal son invenciones de los primeros cristianos. Los judíos, según él, no tenían en aquella época ningún ideal del Cristo concretamente formulado: la historia de Jesús no ha sido, pues, una creación ideal hecha sobre tipos tradicionales. Los evangelios, en una palabra, son obras cristianas y no judaicas, como Strauss pre-

tendía. No es el judaísmo el que ha prestado al cristianismo el ideal mesiánico; es al contrario la aparición y el desarrollo del principio cristiano, el combate de la Iglesia y la Sinagoga lo que ha familiarizado á los judíos con la idea del Mesías y ha hecho de esta fe la base de su sistema religioso.

En cuanto al Cristo histórico, ¿quién no ve, dice M. Bauer, que todo lo que se cuenta de él pertenece al ideal y nada tiene que aclarar con el mundo real? Si ha habido un hombre al que se pueda atribuir la revolución extraordinaria que ha conmovido el mundo hace dieciocho siglos, se puede afirmar á lo menos que no ha podido estar encadenado en las formas estrechas del Cristo evangélico. El Cristo evangélico, considerado como un fenómeno histórico, nos escapa... No nace como un hombre, no vive como un hombre, no muere como un hombre. Es trabajo perdido hacer la crítica ó la apología de sus actos; pues ya que se coloca fuera de las condiciones de la humanidad, poco cuidado deben inspirarle las leyes de la naturaleza: más aún, esta naturaleza debe ser por él atrevidamente negada. De ahí ese contraste de lo humano y de lo divino que constituye la base de la moral evangélica, y cuya huella intenta seguir M. Bauer, según ley fatal, en toda la historia del culto cristiano.

No quisiéramos contribuir á hacer tomar la obra de M. Bauer más en serio de lo que se merece. Se buscaría en vano en ella ese gran carácter de elevación y de calma que constituye la belleza del libro de Strauss. Se comprende y casi se excusa la blasfemia en las épocas en que, no siendo libre la ciencia, se venga el pensador de las trabas que sufre, por un irónico respeto ó por secretas cóleras. Pero no creemos que M. Bauer haya tenido que sufrir bastantes persecuciones para que tenga derecho

á emplear la forma tan declamatoria de que á veces se sirve. La independencia completa de la crítica es por lo demás el mejor remedio á semejantes extravíos. Cuando el historiador de Jesús sea tan libre en sus apreciaciones como el historiador de Budha ó de Mahoma, no pensará en injuriar á aquellos que no piensan como él. M. Eugenio Burnouf, no se ha encolerizado jamás con los autores de la vida fabulosa de Sakya-Muni, y ninguno de los modernos historiadores del islamismo ha experimentado muy violento despecho contra Aboulféda y los autores musulmanes que han escrito como verdaderos creyentes la biografía de su profeta.

IV

¿La tradición israelita tiene algo que enseñarnos sobre Jesús? Nada auténtico seguramente; y no es una de las particularidades menos sorprendentes de esta historia misteriosa el absoluto silencio guardado por los documentos contemporáneos, sean judíos, sean profanos, sobre un acontecimiento que para el porvenir se ha hecho extraordinario (1). La aparición del cristianismo parece haber sido en el seno del judaísmo un hecho apenas sensible, que no tuvo ninguna resonancia, no provocó ninguna reacción y del que no quedó ningún recuerdo. El Talmud, que resume todo el movimiento intelectual del judaísmo en la época de que hablamos, no encierra huella ciertamente apreciable de la influencia siquiera indirecta del Cristo. Pero en la Edad Media, cuando la Iglesia se puso como formidable enemigo

(1) Los pasajes del historiador Josefo relativos á Jesús y á los primeros cristianos, son añadidos, en opinión de los más hábiles críticos, ó cuando menos han sido retocados por una mano cristiana.—N. del A.